

CAPÍTULO I

AQUELLA VIEJA FOTO

Recuerdo la primera vez que vi aquella fotografía. Bueno, en realidad era una estampa reproducida en un *Portfolio fotográfico de España*¹, una publicación seriada donde se recogían postales de los principales pueblos de cada provincia. En el álbum dedicado a Córdoba venían varias instantáneas de Cabra, y entre ellas una que mostraba el panteón de la Vizcondesa de Termens, «obra de Mariano Benlliure, hermosa como todas las del laureado artista valenciano. Costó 60.000 duros», rezaba el pie de foto.

Aquella imagen despertó mi curiosidad sobre aquel desconocido monumento y hacia quien fuera su promotora. Tiempo después me enteré de que aquella singular obra funeraria fue proyectada por nuestra protagonista cuando contaba, tan sólo, cuarenta

1. *Portfolio fotográfico de España* fue editado por A. Martín en Barcelona durante el primer tercio del siglo xx. Se trataba de una colección formada por cuadernillos sobre diversas localidades españolas, agrupadas por provincias, en los que aparecen ilustraciones fotográficas, una breve descripción geográfica e histórica del territorio y un mapa del partido judicial. Las fotografías de cada *portfolio*, en blanco y negro, siguen un esquema homogéneo: localidad y título en la parte superior, y pie de foto con una breve descripción.

y dos años, y que se trasladó de su emplazamiento original en el Cementerio de Cabra a la capilla de unas escuelas que ella misma fundó para instruir a los niños y niñas pobres de la ciudad.

Aquella enigmática mujer preocupada por la muerte, por la educación y por el arte se llamaba Carmen Giménez Flores, aunque su paso a los anales vendría dado por su título, y más aún por sus sobrenombres: el de la Sanroqueña y, sobre todo, el de la Infantona..., nacido por su relación con un Infante de España.

A veces sucede que un nombre que nos parece desconocido o, por lo menos, indistinto, cuando se pronuncia en alta voz despierta en nuestra memoria numerosos detalles y reparamos en otros que antes nunca habíamos reconocido. Entonces nos damos cuenta de que esa persona, antes indiferente, casi estaba tocándonos, y descubrimos que pasaba por nuestra vida sin que apenas la hubiéramos notado. Ése era, exactamente, mi caso respecto a Carmen Giménez Flores.

Aunque la conocía por su legado, pues me había encontrado con datos de su recuerdo, desde que supe que era la Infantona llegó tan frecuentemente a mis oídos su nombre que creció mi curiosidad, aumentando extraordinariamente mi interés por su vida.

Así fue como empecé a abordar a cuantas personas pensaba que sabrían cosas de su vida, preguntándoles:

—¿Conoció usted a la Infantona, a la Vizcondesa de Termens?

—¿La Sanroqueña? ¡Pues sí! Algo he oído de ella.

Aquellos «pues sí» a veces iban acompañados de sonrisas irónicas.

—Y bien, ¿cómo era esa mujer? —continuaba yo.

—Pues una gran señora —respondían algunos.

—Una cortesana o algo así —contestaban otros.

—¿Eso es todo? ¿Y no sabe usted nada de particular sobre ella?

—Dicen que tuvo pleitos con la Familia Real.

—¿Sólo?

—Que fue la amante de un Infante de España...

—¿Era de verdad su amante?

—Eso dicen. En cualquier caso, él le daba mucho dinero.

Siempre los mismos detalles generales.

Sin embargo, sentía curiosidad por conocer algo más acerca de la peripecia vital de aquella misteriosa mujer. Y un día de verano, después de numerosas pesquisas, me entrevisté con alguien que había escrito un artículo sobre la Infantona y le pregunté:

—¿Sabe usted cosas de Carmen Giménez Flores?

Y me respondió con el «pues sí» de costumbre.

—¿Qué opinión le merece?

—Un personaje de armas tomar. Y guapa. Su recuerdo en Sanlúcar es controvertido y, lamentablemente, poco a poco se va perdiendo.

—¿Es verdad que su amante le montó un kiosco oriental para agasajar a sus conocidos?

—Sí, señor. El que luego sería el Café Shanghai.

—Sí.

—Y le regaló varias casas, una bodega, un palacete y varias fincas que luego tuvo que devolver.

—Es cierto.

—Dicen que don Antonio estaba loco por ella.

—¿Y ella?

—Según dicen, también ella lo quería mucho, pero de otra forma, más con los pies en la tierra.

No podía dejar de interesarme por aquella mujer. En mi curiosidad había mucho de intriga, pues quizá bajo aquella extraña relación había vislumbrado, más que una apasionante historia de amor, una verdadera historia de superación personal.

Al día siguiente por la mañana quedé de nuevo con aquella persona y me comunicó que estaba dispuesto a dejarme consultar un montón de documentos que poseía en relación a pleitos y asuntos judiciales que afectaban a Carmen Giménez Flores y An-

tonio de Orleáns, añadiendo que él no estaba interesado en remover aquella novelesca historia, por si a mí me pudiera interesar...

Agradecido y nervioso, me llevé aquella caja de cartón repleta de carpetas, cartapacios, papeles sueltos y un librito. Al llegar a la calle y doblar la esquina, no pude resistir la tentación y hojeé el pequeño libro. Se titulaba *Las tragedias de mi raza*, fechado en 1913 y escrito por un tal Prudencio Iglesias Hermida². Lo abrí por una de las páginas marcadas con una tira arrugada y descolorida de papel de seda color violeta y leí con fruición:

De repente, una mujer rubia, distinguida, se paró delante de nosotros mirando a mi amigo. Se saludaron efusivamente. Mi amigo, volviéndose hacia mí, me presentó a la dama.

—Española como nosotros —me dijo—. Cordobesa. En cuanto oiga usted su nombre de guerra se levantará ante usted la crónica escandalosa madrileña de cierta época.

Sí, no había duda. Era ella, Carmen Giménez Flores, la Infantona.

Años después vendrían sus fotos. Quien me las proporcionó las guardaba celosamente como el que guarda un tesoro. Fotografías en blanco y negro, amarillentas, oxidadas por el paso de los años. El tiempo había hecho palidecer aún más a los retratados. Fotos que yo había soñado durante años y que muchos me decían que ya no existirían, que se habrían perdido. Fotos que representaban el testimonio gráfico de su historia: el padre, con bigote negro, extrañamente joven; la madre, mujer de rostro ajado, ves-

2. Prudencio Iglesias Hermida (1884-1919) destacó como periodista en los diarios liberales y círculos literarios madrileños. Enfrentado a posiciones monárquicas y conservadoras, fue un «polemista terrible» según sus coetáneos. En sus escritos mezcla la sátira y la denuncia, con constantes alusiones a la monarquía, la política, el arte y la religión. En su producción literaria destacan el relato y la novela, junto a las colecciones de artículos y biografías. Escribió una docena de libros, con títulos tan significativos como *Los misterios de las cortes de Europa*, *Gentes extrañas*, *Biografías y artículos literarios*, *Para damas y galanes* o *España trágica*. De origen gallego, murió tempranamente a los treinta y cinco años en Madrid en la plenitud de su carrera.

tida de oscuro, siempre sentada; Carmela, bella y altiva, vestida a la turca o con traje largo, con peluca y la cara empolvada o vestida de época, y también, por qué no decirlo, mudada por la edad. Y pienso, inevitablemente, en los rubores de emoción que debieron de sentir quienes disfrutaron de la contemplación de aquellas fotografías. Muchas tienen dedicatorias o algún grabado que identifica el estudio fotográfico donde se hicieron, como aquéllas donde se lee: «Reutlinger, Boulevard Montmartre, Paris.»

«Reutlinger, Photographie d'Art»³, el más importante de los fotógrafos de élite que tuvieron sus estudios en los bulevares de moda de la capital francesa, que llegó a ser famoso por sus retratos de todo tipo de personalidades, desde políticos y científicos ilustres, artistas y escritores, músicos y cantantes de ópera hasta actrices y bailarinas famosas de cabaret y *music hall*. Fotografías que aparecían publicadas en los más importantes periódicos y en las revistas más prestigiosas.

También la Infantona fue fotografiada por el *glamour* de Reutlinger, el fotógrafo de Mata-Hari, de Cléo de Merode, de Lina Cavalieri o de la maravillosa Sarah Bernhardt.

En estas fotografías los personajes posan como ya no se hace. Apenas esbozan unas hieráticas sonrisas, porque todos los que aparecen en ellas saben que las fotos se hacían no para alegrar, sino para testimoniar, para recordar. Y es que estas viejas

3. Estudios Reutlinger fue uno de los establecimientos fotográficos más destacados de París en el siglo XIX. Desde 1850 hasta 1937 tuvieron su sede principal en la entrada del Boulevard Montmartre y en la Rue Richelieu, justamente en el cruce con el bulevar. Su creador fue Charles Reutlinger, de origen alemán, que en 1880, un año antes de su muerte, dejó el estudio en manos de su hermano Émile, quien más tarde lo legaría a su hijo Leopold, continuador de los éxitos del fundador, hacia 1900. Leopold Émile Reutlinger (1863-1937) es considerado el precursor de la fotografía de moda y de *glamour*. El estudio fotográfico Reutlinger se hizo famoso por incorporar el estilo *art nouveau* a sus tarjetas postales y realizar las primeras fotografías artísticas y de moda. Las primeras revistas ilustradas como *Les Modes* o *The Ladies Field* publicaron fotografías de Reutlinger. Su prestigio se fue acrecentando con los años gracias, en parte, a la notoriedad de los personajes famosos que retrataba.

fotos nos llenan de admiración y nos cuentan muchas cosas que no sabíamos...

Invito pues al lector a que conozca en detalle esta historia cuajada de sucesos, confidencias y secretos, pero en la que todos los personajes que aparecen son de verdad.

Carmen Giménez Flores, la Infantona, la hija de un humilde zapatero que llegó a conseguir éxito social, fortuna y un título de nobleza. Siendo vizcondesa, título que ostentó con especial orgullo, procuró ser una nueva mujer altiva, cosmopolita, distinguida, independiente y refinada. Su relación sentimental con el infante Antonio de Orleans, que se prolongó durante veintisiete años, tuvo entre otras consecuencias la primera separación legal en la Familia Real española. Posteriormente, tras su propia ruptura, también ella sufriría el desahucio y la represión legal de aquéllos a quienes tanto había amado.

Carmen Giménez, una mujer de la que se podrán decir o escribir opiniones diferentes, muchas murmuraciones, desvelar muchos secretos, muchas cosas... pero de la que, sin ninguna duda, se puede afirmar que fue dueña de sí misma, de sus decisiones, de sus emociones. Algo poco corriente para una mujer de finales del siglo XIX.